

EL RENACER DE ABELINO

Tiburcia me dio la noticia antes de que lo supiera de tumba en tumba, todo el pueblo. Ella se había enterado por sus familiares indígenas, que empleaban el mismo método desde la época de la conquista, hace quinientos años, de pasar la información de boca en boca, como una carrera jugando a las escondidas. La censura, tan eficiente y temida, no alcanzó a acallar el clamor. Era la primera vez que se hallaban los cuerpos de desaparecidos del conflicto armado; a esos no los lanzaron al mar ni los dinamitaron en las montañas, los metieron en una cueva y sellaron la entrada.

El párroco italiano que vivía en una población marginal donde la represión del gobierno era particularmente dura, se enteró de la existencia de la tumba colectiva en el secreto de confesión. Era uno de esos curas que predicaba el evangelio del Cristo Obrero y de la teoría de la liberación, que llevaba la cuenta de las víctimas de la represión; había sido detenido y torturado un par de veces y recibió orden de su obispo de no hacer bulla y mantenerse invisible, pero no la cumplió. La sotana la había abandonado mucho tiempo atrás, a su criterio habían pasado de moda, como los hábitos de las monjas, andaba siempre con los mismos pantalones desteñidos y el chaleco que le tejó Candelaria, su sirvienta, hacía muchos años. Era pobre en serio. De los tres votos del sacerdocio, el de la pobreza no le costó nada. Años más tarde, el obispo se encargó de enviarlo de vuelta a su país.

A diferencia de la Iglesia católica de otros países, la nuestra no colaboraba con el gobierno mantenía un precario equilibrio entre denunciar los abusos y proteger a quienes desafiaban al régimen. Uno de los asesinos, un comisionado militar de la

aldea cercana que se había jubilado y vivía en la población, le contó al sacerdote lo que habían hecho, le indicó la ubicación de la cueva, de la aldea “Las Pacayas”, una comunidad Pocomchí, localizada en una zona boscosa y con muchas laderas, lo autorizó para comunicárselo a sus superiores.

El sacerdote quiso comprobar la veracidad de la confesión antes de acudir al obispo, y viajó al norte de la cabecera departamental. Con una mochila a la espalda, una brújula en el bolsillo y un pico atado a su bicicleta, se aventuró en la dirección que le habían indicado, evitando los controles de la policía local. Una vez que quedaron atrás los pueblos, dejó de preocuparse por el toque de queda, porque no había vigilancia de autopatrullas. Siguió un sendero apenas visible, aparentemente abandonado hacia años, y cuando desapareció tragado por la vegetación, se orientó con la brújula y con ayuda de la oración.

Pronto el terreno escabroso lo obligó a dejar la bicicleta y siguió a pie, agradecido del buen tiempo, ya que habría sido difícil avanzar con lluvia. Durmió la primera noche en una ermita sobre unas bancas rústicas y caminó buena parte del día siguiente antes de encontrar finalmente la entrada de la cueva, tapiada con tablones y rocas, como le había indicado su feligrés.

Empezaba a oscurecer y prefirió esperar hasta el otro día. Había calculado mal el tiempo que podía demorar en el trayecto, se habían terminado sus escasas provisiones y llevaba varias horas con hambre, pero un poco de ayuno le vendría bien, pensó. El terreno era muy irregular, verde y más verde, flora tupida y agua. Agua por todos lados, charcos, riachuelos, que venían de las montañas, agua de lluvia. A diferencia de la selva tropical, que él había conocido en su juventud, cuando

lo destinaron a la frontera de Honduras con Guatemala, esta era fría incluso en verano; en invierno solamente los pocomchíes sabían caminarla.

El aire olía humus, a las hojas fragantes de los árboles nativos, a los hongos que crecían adheridos a los troncos de encino. De vez en cuando podía ver, en las alturas, colgando de las ramas muchas plantas trepadoras. Todo el día había escuchado la bulla tremenda de los pájaros, el grito del águila, el rumor de la vida animal en la vegetación, pero al caer la noche el mundo se silenció invadido por la oscuridad.

Sintió un abismo de soledad en ese paisaje inhabitado, y rezó en voz alta: “Aquí estoy, Jesús”, metiéndome en problemas de nuevo, porque si encuentro lo que busco tendré que desobedecer la orden de invisibilidad. Tu entiendes, ¿verdad? No me abandones en esta empresa, mira que te necesito más que nunca. Por fin se durmió en su saco, tiritando, hambriento, dolorido. No estaba acostumbrado al agotamiento físico, el único deporte que practicaba era el fútbol con los niños de la catequesis, y cada músculo de su cuerpo clamaba por descanso.

Con la primera luz del amanecer bebió agua y masticó lentamente las últimas habas que le quedaban; luego comenzó la tarea de mover las rocas, arrancar los arbustos y quitar los tablones. Al desprender el último obstáculo, un soplo de aliento fétido del interior lo obligó a retroceder. Se quitó la playera y se la amarró cubriéndose media cara. Invocó una vez más a Jesús, su amigo fiel, y entró. Se encontró en un túnel angosto, pero con suficiente altura para avanzar agachado. Llevaba la linterna en la mano y la cámara fotográfica colgada sobre el pecho. Le costaba respirar, con cada paso el aire era más denso y la pestilencia más intensa, le pareció que se

adentraba en una cripta, pero siguió adelante porque el lugar era tal como se lo habían descrito. Pronto el túnel se abrió a una bóveda amplia, donde pudo ponerse de pie. Entonces el haz de la linterna iluminó los primeros huesos.

Los detalles, no fueron publicados hasta varios años más tarde, cuando por fin la historia del sacerdote salió a luz. Nadie supo el nombre de ese hombre ni el papel que jugó, porque de haberse sabido su identidad habría pagado muy caro su atrevimiento. En su declaración judicial el obispo de la Diócesis se negó a responder a las preguntas que podían incriminarlo, protegido por el secreto de confesión. La verdad completa se conoció cuando recuperamos la democracia con la firma de la paz. Entonces el sacerdote escribió un recuento de lo ocurrido, hubo una exhibición de las fotografías que él tomó ese día y muchas más, algunas de los huesos en la Fiscalía y otras de los despojos expuesto en la zona militar, incluso hicieron un documental.

Con las pruebas en la mano, el obispo actuó tan hábilmente que el gobierno no alcanzó a impedírselo. Era consciente de que, además de su autoridad moral, estaba respaldado por miles de años de ejercicio del poder terrenal. Una cosa era arrestar y a veces asesinar a curas y monjas, y otra mucho más grave hubiera sido para el gobierno enemistarse con la jerarquía de la Conferencia Episcopal de la iglesia católica y el Nuncio Apostólico, representante del Papa. En los años de la represión, el obispo había aprendido a maniobrar con astucia para cumplir la misión que se había propuesto de ayudar a las víctimas del conflicto armado, que sumaban varios miles. Para eso creó una oficina especial y la instaló dentro de la catedral. Para investigar la cueva juntó en secreto a una delegación, que incluía a la misión

de paz de la ONU, un diplomático de la nunciatura, a Cruz Roja, a un observador de la Comisión de Derechos Humanos y esclarecimiento histórico, y a dos periodistas.

El obispo ya no tenía edad para ir de excursión montaña arriba, pero viajó con un secretario al municipio cercano, donde esperó a los otros, que habían salido separados de la cabecera departamental para no llamar la atención. A pesar de las precauciones, la gente del pueblo, se dio cuenta de que algo serio debía de ocurrir para que apareciera el obispo por esos lados. Llegó con ropa deportiva, pero lo reconocieron; su rostro de viejo zorro era bien conocido.

La primera declaración a la prensa la hizo el obispo desde el pueblo cuando regresaron sus emisarios de la cueva. Para entonces ya circulaba en susurros entre la gente de los alrededores la noticia de que habían encontrado restos humanos. Tiburcia me llamó desde una cabina telefónica.

—” Dicen que son de los campesinos desaparecidos”, a los que se llevaron días después del golpe de estado, ¿se acuerda?

En versión oficial fue que se trataba de un accidente, posiblemente turistas que perecieron asfixiados por gases venenosos dentro de la cueva; después lo atribuyeron a una venganza entre guerrilleros, o a capos de la droga que se mataron entre ellos, finalmente, presionados por la opinión pública, por las Iglesias y por el hecho de que todas las calaveras presentaban un hueco de bala, lo atribuyeron a ejecuciones extrajudiciales cometidas por uniformados que actuaron por iniciativa propia en el fragor de la batalla, ansiosos por salvar a la patria del comunismo, sin

el conocimiento del alto mando de la defensa nacional. Serían debidamente reprendidos, aseguraron, calculando que la gente tiene mala memoria y había que darle tiempo al asunto para embrollar las pruebas.

Erigieron vallas y cercaron con alambre de púas la proximidad de la cueva para atajar a los que fueron llegando: periodistas, abogados, delegaciones internacionales, curiosos que nunca faltan, y después las silenciosas peregrinaciones de familiares de desaparecidos, algunos venidos de lejos, con las fotos de las víctimas. No pudieron despacharlos con los métodos habituales. Se instalaron en la ladera del cerro durante varios días con sus noches, hasta que se llevaron los restos. Las autoridades entraron en la cueva cubiertos de pies a cabeza, con mascarillas y guantes de goma, y retiraron cuarenta bolsas de plástico negro, mientras afuera los familiares cantaban las canciones revolucionarias que no se habían escuchado en varios años, pero no habían sido olvidadas. Necesitaban dar clausura a la incertidumbre, llevaban años buscando a sus desaparecidos, esperando que siguieran con vida y un día regresaran a sus hogares. Entre ellos estaba Tiburcia, torcida por la artritis, pero tan fuerte como siempre, acampando junto a los demás.

En vista de que el bullicio no se acalló en pocos días, como se esperaba, el gobierno ordenó una investigación y, finalmente, varias semanas más tarde, permitieron a los familiares de las presuntas víctimas participar en la identificación. Fue una manera de darles la clausura que reclamaban, porque en realidad el peritaje forense había determinado exactamente a quiénes correspondían los huesos de la cueva, pero el informe fue sellado hasta nueva orden.

Tiburcia me avisó y tomé el primer bus al pueblo para acudir con ella al cuartel. El invierno ya se notaba en el color de la naturaleza y el aire frío y húmedo, pronto caerían las lluvias. Habían citado a las familias de los detenidos y desaparecidos de la aldea Las Pacayas en los primeros días del golpe militar, entre ellos cuatro hermanos, el menor de trece años, que había sido monaguillo en la iglesia. Por allí todos se conocían. La gente de los alrededores, todos agricultores estaban emparentados, habían nacido y crecido por esos lados, habían ido juntos a la escuela rural, habían jugado de patojos, se habían enamorado y casado entre ellos. Había poca población porque muchos jóvenes se iban a las ciudades en busca de oportunidades, así es que cualquier ausencia se notaba. Esos hombres que desaparecieron eran parte de una red de relaciones, tenían un rostro, un nombre, una familia y amigos que los echaban de menos.

Esperamos casi dos horas en fila en la calle, éramos unas veintitantas mujeres y algunos niños prendidos de las faldas de sus madres. La mayoría se conocían, eran parientes o amigos; casi todas tenían los rasgos indígenas del mestizaje, tan común en la región Pocomchí. El trabajo duro y la pobreza las habían marcado; la angustia de muchos años les daba un pesar trágico. Su vestimenta era modesta, la ropa descolorida era de pura paca. Algunos, las de más edad, y una que estaba embarazada, se sentaron en el suelo, pero Tiburcia se mantuvo de pie, lo más erguida que la artritis le permitió, vestida enteramente de medio luto por el duelo anticipado, con una expresión pétrea que no era de pena, sino de rabia. Con nosotras había dos abogados de derechos humanos enviados por el obispo y una periodista con un camarógrafo de televisión.

Me sentí avergonzada con mis vaqueros, botas y bolso, más alta y blanca que las demás, pero ninguna de esas mujeres dio muestras de haberse fijado en mi facha de burguesa con plata; me aceptaron como una más, unidas por el mismo pesar. Me preguntaron a quién buscaba, y antes de que alcanzara a responder, Tiburcia intervino.

__Su hermano, busca a su hermano__ dijo.

Y entonces me di cuenta de que en verdad Abelino era como mi hermano. Y había estado en mi vida desde que podía recordar. Recé en silencio pidiendo al cielo que allí no hubiera prueba alguna de que lo habían asesinado, porque en ese caso era preferible la duda que la certeza. Soñaba con que Abelino llevaba una existencia de ermitaño en los resquicios de las montañas, adecuada a su carácter y a su conocimiento de la naturaleza. No quería comprobar su muerte.

Salió un oficial a dar las instrucciones: disponíamos de media hora, las fotografías estaban prohibidas, no se podía tocar nada, debíamos fijarnos bien porque no nos darían otra oportunidad, debíamos entregar la cédula de vecindad, que sería devuelta a la salida. Los abogados y los periodistas tendrían que permanecer afuera. Entramos.

Bajo una carpa, en el centro del patio del cuartel, había dos mesas largas y anchas vigiladas por soldados. No vimos huesos, como suponíamos, sino pedazos de ropa rota, carcomida por el tiempo, zapatos, chancletas, cinchos, una libreta, billeteras, todo numerado. Desfilamos lentamente frente a los tristes despojos. Las mujeres,

llorando, se detenían ante un chaleco, un cincho, una gorra, y decían: “esto es de mi hermano”, “esto es de mi marido”, “esto es de mi hijo”.

Al final de la segunda mesa, cuando casi habíamos perdido la esperanza, Tiburcia y yo encontramos la prueba que no deseábamos ver.

__Esto es de Abelino __ murmuro Tiburcia, y un sollozo le quebró la voz.

Lo había buscado y esperado muchos años. Allí estaba la cruz de madera que yo tallé para el primer cumpleaños que le celebramos, cuando mi madre y mis tías estaban vivas, cuando Tiburcia era joven y yo era una niña. Estaba colgada de una tira de cuero, la madera pulida por el uso y los años, pero todavía se leía claramente mi nombre. Por el otro debía de estar el de Abelino. El llanto convulsivo me dobló como una patada en el estómago, y sentí los brazos de Tiburcia sosteniéndome. En eso sonó un silbato y nos ordenaron salir de la carpa. Sin vacilar, cegada por las lágrimas cogí en un impulso la cruz y me la escondí en el escote. Esa cruz es mágica. Está cargada con la lealtad, la inocencia y la fortaleza de Abelino, que la llevó sobre el pecho durante muchos años. Abelino ha sido mi ángel. Y es que las almas sin culpa se van flotando livianas al espacio sideral y se convierten en polvo de estrellas. El cielo lucía precioso...

Hay encrucijadas en el destino que no podemos reconocer en el momento en que se presentan, pero si se vive tan largo como he vivido yo se pueden ver con nitidez. Allí donde se cruzan o bifurcan los caminos debemos decidir la dirección que vamos a tomar. Esa decisión puede determinar el curso del resto de nuestra vida. Así me ocurrió ese día cuando recuperé la cruz de Abelino, ahora lo sé.

Esa noche, al desvestirme, vi la marca que la tosca cruz de madera me había dejado, apretada por el sostén contra el pecho, y volví a llorar largamente por Abelino, por las otras mujeres que encontraron a sus muertos, por mí. Pensé en mi casa, en las cuentas de los bancos, en las inversiones, en el montón de antigüedades y otras tonterías adquiridas en remates, en las amistades de mi clase social, en mis infinitos privilegios, y me sentí agobiada, como si arrastrara una carreta cargada con todo eso y con el peso del tiempo malgastado. No imaginé que esa noche sería el comienzo de mi segunda vida.

Los nombres de las víctimas de la cueva no se divulgaron oficialmente durante varios meses, y la prensa no se atrevía a desafiar la censura y publicarlos, aunque ya se conocían porque las mujeres habían identificado a sus seres queridos en aquel cuartel.

La región Pocomchí, y la aldea “Las Pacayas”, después de todo, dormían como niños buenos, sin el riesgo de nuevos secuestros, genocidios o torturas que alteraran a la población con sus cosquillas pavorosas en una noche sombría del verano. En fin, soñar no cuesta nada.

EL PARROCO